



Hablando pronto y mal

Amando de Miguel



Hablando pronto y mal

Amando de Miguel

ÍNDICE

Tábula gratulatoria	11
Introducción para lectores inteligentes	15
1. La lengua es lo único gratis	21
El lenguaje es como la ropa	25
De la babel al pentecostés	33
Errores y horrores	43
Elogio del pedante	59
2. Las palabras las carga el Diablo	63
Cuando el grajo vuela bajo... ..	65
Por supuestísimo	70
Cojonudo y coñazo	82
La maldición de la zeta y otros misterios	89
3. La facundia hispana	95
Los “espanis” hablan inglés sin saberlo	98
El modus vivendi de córpore insepulto	112
“Yo pienso de que” y otros idiotismos	114
La orgía de los eufemismos y los ñoñismos	123

4. Los ringorrangos del lenguaje	131
Los internautas cambian el chip.....	135
Contundencias y obscenidades	138
Mi reino por una metáfora	147
Alto y claro, en vivo y en directo	169
 5. Analfabetos funcionales pero locuaces	175
Priorizar las sinergias sostenibles	177
El tertulianés: dicho lo cual, punto número uno	181
El lenguaje semiculto, como no puede ser de otra manera	187
El delirio del politiqués: estamos en el buen camino .	199
 Bibliografía somera	213

1

LA LENGUA ES LO ÚNICO GRATIS

La *lengua* es un sistema de signos y sonidos convencionales que sirven para comunicarse. Una primera distinción es entre la lengua materna y las demás que son de aprendizaje. Decimos también *idioma* (= lo nuestro) para resaltar la lengua primera de una comunidad de hablantes. Desgraciadamente, *idioma* es una palabra emparentada con *idiota*. No digo más.

Se oye mucho lo de *lengua propia* para la que es privativa de una región. Se dice así como contraste con la *lengua común*, la oficial en toda España, la que entienden casi todos los españoles. Pero las lenguas no son “propias” de los territorios sino de los habitantes que moran en ellos. Es claro, por ejemplo, que la lengua propia de muchos vascos es el castellano. La distinción más útil es entre *lengua internacional* (= la que se aprende por muchas personas que no la tienen como materna) y *lengua étnica* (= la que no consigue esa ampliación). No es una dicotomía basada en posibles méritos o bondades, sino que obedece al azar, a la coyuntura histórica. Durante siglos el inglés fue una lengua étnica que ni siquiera hablaban todos los ingleses. Las clases acomodadas de Inglaterra preferían manifestarse en francés. El inglés es hoy la lengua más internacional, la *lingua franca* del mundo entero. Ese dato me va a per-

mitir que utilice muchas veces el contraste entre los giros anglicanos y los hispanos.

El interés por el idioma español no es solo porque el autor de este texto y sus lectores manejen esa lengua. Es algo más general y objetivo. Es el hecho de que el español es una de las pocas lenguas internacionales que existen en el mundo. Lo es al lado de otras 5.000, más o menos, que no llegan a esa cualificación. Una lengua internacional es la que trata de cumplir las condiciones siguientes:

(1) La escriben regularmente una gran parte de los hablantes, aunque solo sea a través de los teclados.

(2) Utiliza el alfabeto llamado latino (de origen fenicio).

(3) Cuenta con una notable tradición literaria escrita, que en parte ha podido traducirse a otras lenguas.

(4) Su fonética es clara. Para entender una palabra corriente no es menester deletrearla.

(5) Se habla en varios países.

(6) La consideran como propia o familiar muchos hablantes; pongamos por caso más de cien millones.

(7) La aprenden muchas personas que no la tienen como lengua familiar.

(8) Se deja traducir fácilmente a otras lenguas; por ejemplo, los topónimos.

(9) Acumula una cierta cantidad de obras originales de pensamiento o cultura.

(10) No se sanciona socialmente a los extranjeros que la hablan mal.

Según el anterior decálogo no habrá en el mundo más de una docena de lenguas que acumulen al menos siete de los diez puntos de la escala. Desde luego, el español está entre ellas y con un índice alto. Si el resultado de la medición no diera más de cuatro puntos, diríamos que se trata claramente de una lengua étnica.

La escala no mide la dignidad de una lengua. Todas son respetables, como las razas o las religiones porque lo son las personas. Lo que intento decir es que solo hay unas pocas lenguas con posibilidades de expansión y de influencia cultural. El español es una de ellas, con la particularidad, además, de que las variaciones territoriales son muy escasas. No podríamos decir lo mismo del inglés, el chino o el árabe. Cier to es que en España hay otros idiomas, aparte del castellano, pero solo ese último es el que normalmente pueden entender todos los españoles.

Así pues, no es un tópico decir que el español es un gran activo intangible para sus hablantes. Maravilla es que los gobernantes españoles no hayan descubierto todavía que ese patrimonio podría requerir un nuevo impuesto. No se tome como sugerencia.

La difusión internacional del español se debe fundamentalmente al dato de que es la lengua más aprendida por los estudiantes de los países anglófonos. Se intuye que la combinación de inglés y español es la más eficaz para difundir algo a escala mundial. Se ha visto recientemente en el Vaticano.

El tratamiento que da al español la Constitución de 1978 resulta inapropiado: “El castellano es la lengua española oficial del Estado. Todos los españoles tienen el deber de conocerla y el derecho a usarla”. Mejor habría sido que no se hablara de la oficialidad del castellano y, en todo caso, que eso fuera para la nación española, no para el Estado. Por lo mismo, nos habría ahorrado muchos conflictos si el texto constitucional hubiera reconocido expresamente el derecho de los españoles a recibir la enseñanza obligatoria en castellano. Lo cual no quita para que se pudiera añadir la enseñanza en otras lenguas. El bilingüismo no es un inconveniente; es más bien un privilegio.

Para Gregorio Salvador la ventaja histórica del castellano sobre las otras lenguas medievales de Hispania es que redujo al máximo la distancia entre la forma hablada y la escrita. En

consecuencia, la expresión literaria no distaba mucho de la coloquial. Ese rasgo originario se ha mantenido hasta hoy. Por eso el carácter tan realista de la Literatura en castellano. Otra consecuencia es que facilita mucho la asimilación de extranjerismos, en su día del árabe, luego del francés y ahora del inglés.

Otra cosa es el *lenguaje* a los efectos de lo que sigue. El *lenguaje* o el *hablar*, según prefiere decir mi cuate Francisco Marcos-Marín. Las cosas del hablar, como las del querer, parecen bien personales. Pero luego resulta que los enamorados o los hablantes se comportan de manera previsible. El lenguaje se manifiesta en el *discurso*, esto es, el contenido de lo que se emite con los medios que proporciona el idioma. El discurso puede ser un texto (escrito) o el que se expresa por el habla, que a su vez puede ser oral o gestual. El lenguaje se materializa a través de un estilo, que puede ser coloquial o formal. Un hecho sobresaliente de nuestro tiempo es que menudean los textos (internéticos o telefónicos) con un estilo coloquial. La escritura ya no se asocia, como en el pasado, con una clase escogida de letrados; se ha hecho tan general como el habla. Se comprende que asistamos a una cierta plebeyización del discurso.

Hablar o escribir son operaciones inteligentes que consisten en combinar las veintitantas letras para formar palabras y ordenarlas hasta componer frases. Añádanse también los números, que son palabras condensadas mediante la combinación de los diez primeros dígitos. De esa forma se transmiten pensamientos, descripciones, estados de ánimo, ideas, órdenes, quejas y mil expresiones más. Es decir, las personas se comunican con ese código que llamamos *lengua*, una maravilla del arte combinatorio. No se trata de una operación hecha al azar. Si cada hablante o escribiente compusiera las palabras y las frases a su capricho sería imposible comunicarse. La razón es que las posibles combinaciones de signos y sonidos tienden al infinito. Antes que eso, la lengua es un repertorio

más bien reducido de palabras que cada hablante o escribiente repite como si fuera una elaboración personal. Lo cierto es que se comporta como un sistema heredado. Lo hace no solo para comunicarse fielmente sino para otras funciones: divertirse, disimular, mentir, exhibirse, desahogarse, quedar bien, entre otras muchas. Ahí es donde entra el **lenguaje**, realmente una forma de manifestarse. La prueba de que el habla o el texto no sirven solo para comunicarse es que puede uno hablar para sí mismo; también se puede escribir un diario verdaderamente íntimo. Claro que lo normal es que si hablamos o escribimos es para que nos oiga o nos lea alguien más.

El lenguaje es como la ropa

El lenguaje es como la ropa que nos ponemos, una costumbre. En principio, la ropa cumple la función primaria de cubrir el cuerpo, bien por pudor o por resguardarnos de las inclemencias atmosféricas. Pero la elección de uno u otro atuendo sirve para transmitir a los demás una imagen deseada de nosotros mismos. El lenguaje realiza también el objetivo elemental de entendernos con los demás, pero, a la vez, la de presentarnos ante los otros con la impresión adecuada. Son infinitas las combinaciones que se pueden formar con las prendas de vestir, pero luego en la realidad se utilizan muy pocas; son las que impone la costumbre, la moda. Por ejemplo, se puede observar la monotonía actual de las prendas de color negro. Otra constante, las mujeres pueden llevar pantalones, pero a los varones no se les ocurre ponerse faldas. Con el lenguaje ocurre también que podríamos emplear todas las palabras del diccionario (o al menos las que conociéramos), pero nos arreglamos con una muestra pequeñísima. Al igual que el color negro es el prevalente en la indumentaria, la moda nos lleva a hablar o escribir con un estilo característico según nuestra posición social. Ese estatuto no es solo de clase social sino de edad, de

residencia. Por lo mismo que una persona viste de forma similar a la de sus amigos, también en el hablar se parecen. El estilo de hablar o de vestirse se ven condicionados por la época de que se trata. Ahí es donde se prueba el fenómeno de la imitación.

La importancia del atuendo se percibe de manera extrema en el modo de elegir las prendas de vestir de los clérigos y militares cuando prescinden de los uniformes o los hábitos. No es difícil averiguar esa condición profesional cuando se ponen ropas de calle. Una pista suele ser el escaso sentido para combinar colores, un arte francamente difícil que solo dominan las mujeres y no todas.

La tradición enseñaba que, al igual que en la vestimenta, el lenguaje era o no correcto según las ocasiones. Los ingleses se mostraban sumamente remilgados en los dos extremos. Según leemos en las novelas, los ingleses acomodados “se vestían para la cena”. Sin llegar a tanto, en España la clase social se distinguía por la forma de vestir. Todavía hay unas normas no escritas para el vestuario de una boda o de una celebración similar. Por lo mismo —sin llegar a la situación de *Pigmalion*— se impone la corrección del lenguaje según las circunstancias. De los Estados Unidos hemos importado los españoles la expresión, un tanto irónica, de *lo políticamente correcto*, que podría ser más bien “lo socialmente admitido”. Pero, por lo mismo que hoy lo que priva es la informalidad en el vestir, también se permite una gran liberalidad en el hablar y hasta en el escribir. Por eso mismo lo que interesa al personal no es tanto la corrección léxica como la querencia por unas u otras fórmulas de expresión. Eso es lo que intento explorar en lo que sigue.

Soy consciente de que la voz *lenguaje* se refiere con mayor propiedad a la capacidad de hablar, de adquirir una lengua. Sin embargo, ese sentido —por obvio— no me interesa tanto como el del lenguaje como la manifestación colectiva de una lengua. Es evidente que no todos los hablantes de un idioma

lo utilizan del mismo modo. Esa diversidad puede ser un engorro, pero más bien es un placer para el hablante y no digamos para el observador.

La lengua es un instrumento para que la colectividad que la habla se distinga de los foráneos. Pero resulta que la herramienta no es perfecta; un extranjero puede llegar a manejarla con soltura. En ese caso los nativos cultivan el acento, algo que resulta más difícil de aprender para uno de fuera. Todavía quedan más recursos, como el lenguaje corporal que acompaña a las palabras o bien introducir nuevos coloquialismos y modas léxicas, cuya copia resulta ardua. En definitiva, el lenguaje en que desemboca todo ello cumple la admirable —y a veces odiosa— función de distinguirse de los demás. Hay todavía más elementos en apoyo de ese deseo: el aspecto físico, el nombre y apellidos, los gustos o los horarios en el comer y beber, etc. Pueden parecer naturales, pero todos se imitan y se cultivan. Puede haber ácratas y apátridas, pero no existe tal cosa como “aléxicos”, los que tendrían que negarse a hablar. Solo podemos decir que hay ágrafos, los que se niegan a escribir para el público lector pudiéndolo hacer.

El lenguaje corporal va unido al de las palabras. Es raro que en una conversación normal los participantes no muevan diversas partes de sus cuerpos, aparte de los labios, fundamentalmente las manos. Esos gestos acompañan a las palabras que se emiten o se oyen. Por ejemplo, resultaría extraño que en una conversación corriente los interlocutores no sonrieran alguna vez. Ese efecto de búsqueda simpatía se nota incluso en un velatorio. En cambio, hay actos muy solemnes en los que resultaría rara la sonrisa. Lo que distingue a la especie humana de los otros mamíferos no es solo la capacidad de hablar sino la de sonreír.

La interacción humana comienza con ese acto de reconocimiento que es el saludo. Puede ser con palabras o con gestos, todo muy convencional. Es universal (o casi) el saludo de darse la mano. No es más que la supervivencia del gesto pri-

mordial para indicar que no se portaban armas con ánimo ofensivo. El saludo militar típico es llevar la mano a la altura de la frente. Es el recuerdo de los tiempos en los que los apuestos guerreros se cubrían la cabeza con un casco metálico. Delante llevaban una careta móvil con rendijas que se podía alzar para ser reconocidos. El saludo militar es el acto reflejo de subir esa careta o celada para identificarse ante el superior. Para que no quepa duda sobre la significación del saludo militar, se acompaña de la expresión “a sus órdenes”.

No es mi intención detenerme en el lenguaje corporal, profundamente influido por la cultura, las tradiciones. Bastará una sola ilustración para comprender ese condicionamiento. Se recuerda el gesto de Winston Churchill durante la Segunda Guerra Mundial. El estadista alzaba la mano derecha y dejaba ver levantados los dedos índice y corazón formando una <v>. El gesto podía interpretarse como el deseo de victoria sobre los alemanes, pero hay otra interpretación más sutil. Los ingleses se distinguieron en las guerras antiguas por ser formidables arqueros, como se ilustra por el mito de Robin Hood. El dominio del arco pasa por utilizar bien los dedos índice y corazón para tensar la flecha en la cuerda. Churchill hacía ver a sus compatriotas que había que recordar esa tradición con el gesto dicho. Podía haberlo dicho con palabras, pero el lenguaje corporal era muy efectivo en un momento dramático en el que contaba mucho la imagen.

La vida humana puede entenderse como una continua negociación con el prójimo, literalmente con los que están cerca. Esa cualidad está escrita en el libro de la evolución. Negociar equivale a defender los intereses de uno, no solo los económicos sino los simbólicos, los emotivos. La capacidad de negociación suele ser mayor o menor según las circunstancias biográficas o la personalidad. Las armas legítimas para esa contienda son los recursos de que se dispone en cada momento. Uno de ellos (por cierto, gratis) es la lengua materna en el círculo donde normalmente se mueve el sujeto emisor. Ahí es

donde se muestra que la lengua es un depósito teórico disponible para todos. Pero unos lo utilizan más y mejor que otros, no solo para comunicarse sino para expresarse de mil modos. Pueden situar las palabras en una escala de emociones cuyos polos pueden ser el cariño o el insulto. Luego el lenguaje sirve para comunicarse y para no comunicarse. Es más, pueden hablar también los silencios premeditados; los cuales se convierten en una táctica más de negociación. Cierto es que la comunicación verbal sirve para evitar muchos conflictos (*hablando se entiende la gente*), pero también a veces se encuentran (*aquí va a haber más que palabras*).

La necesidad de conversar no es solo para emitir o recibir información. El intercambio amable de frases sirve para liberarse de muchas tensiones, reírse, contar desgracias, intercambiar chismes, quejarse, proyectar las culpas propias sobre otros, pasar el rato. A veces nos enzarzamos en largos parlamentos para conseguir que nos den la razón o también para disimular nuestro verdadero sentir.

Insisto en que el lenguaje está para algo más que para transmitir mensajes. Ni siquiera los jefes de prensa de distintas instituciones se limitan a esa función comunicadora. Puede haber conversaciones enteras, habladas o por escrito, en las que no se manifiesta nada nuevo entre los interlocutores. En otras ocasiones la facundia se mantiene para esos otros fines de la simpatía o la sociabilidad. Con las palabras uno se retrata, en el sentido castizo de manifestar lo que lleva dentro. Asimismo puede uno esconder su personalidad o su táctica de relación.

Es extraña la querencia de tener razón a toda costa. Nos pasamos media vida intentándolo, sin que lleguemos a averiguar por qué ese empeño imposible de que nos den la razón en los debates, discusiones o peleas. Una consecuencia inesperada de esa perseverancia es que pulimos el lenguaje, medimos el efecto que hacen una u otras palabras sobre nuestros interlocutores. Lo usual es participar en una intención racionalista

por la que se supone que *de la discusión sale la luz* o que *hablando se entiende la gente*. Son deseos bienintencionados, pero no tienen por qué cumplirse. Es más, muchas veces dos (o más) que discuten con calor saben de antemano que no se van a convencer. Pongamos la visión que cada uno tiene de los resultados de un partido de fútbol o de un partido político. Si los interlocutores desgranar sus razones y argumentos es porque esa acción resulta ya satisfactoria por sí misma. Puede ser un alivio o una reafirmación. Un observador desapasionado anotaría que la discusión se entabla porque cada uno de los intervinientes da un significado distinto a las mismas palabras. Eso sucede también en conversaciones que no llegan a enfrentamientos dialécticos sino a amistosos coloquios o a pacíficos acuerdos. Lo que puede parecer desesperante confusión es también despliegue imaginativo.

Si las palabras tuvieran la única función de comunicarse se requeriría que cada una de ellas respondiera a un solo significado. Pero en ese caso los diccionarios alcanzarían un volumen inmanejable y, lo que es peor, sería casi imposible desplegar la ironía o el enfado, entre otros matices del sentimiento. Es decir, con ese hipotético vocabulario no podría haber Literatura. No la ha habido de forma significativa con el esperanto, y eso que quiso ser una lengua como todas las demás. Pero resulta que los significados de las palabras no los da una autoridad lingüística sino los hablantes y escribientes mismos, esto es, la sociedad y a lo largo de los siglos. Por eso resulta tan extraño que haya tantas lenguas en el mundo y sin embargo no aparezcan nuevas. Ya digo que el esperanto es una excepción, pero con éxito limitadísimo. Tampoco hay que lamentarse de ese aparente derroche de la profusión de lenguas en el mundo. Al final todas se traducen entre ellas. En castellano clásico al intérprete o trujimán que hacía de intermediario se le llamaba también “lengua”.

Más adelante voy a ilustrar con abundantes ejemplos la característica fundamental del lenguaje: la polisemia. Lejos de

ser una dificultad, se convierte en una riqueza. Es lo que nos permite matizar nuestras opiniones y sentimientos. Asimismo es la clave para conseguir elegancia en el lenguaje. Es evidente que las voces que acumulan más significados son las más corrientes. Otra cosa es que la polisemia pueda generar ambigüedades, pero eso es la sal de los intercambios humanos. Valga una primera ilustración para ir abriendo boca. Es fácil convenir que la palabra *horizonte* es muy hermosa. Representa esa línea que abarca nuestra vista en un paisaje y en la que parece que se junta el cielo con la tierra. Pero luego se aplica metafóricamente a otras muchas situaciones. El horizonte puede ser el conjunto de posibilidades que uno tiene, pero también equivale a proyectos, objetivos, metas y mil cosas más. Su utilidad proviene de esa difusa significación múltiple. Lo malo de la analogía es que el horizonte verdadero es solo una línea virtual, retrocede según uno avanza. Es algo que ocurre de igual manera con el arco iris. Las metáforas se vengan, como dijo Ortega y Gasset, maestro de atrevidas analogías.

Casi todo lo que se escribe sobre la lengua es de carácter normativo, prescriptivo. Así son las reglas ortográficas y las recomendaciones de los diccionarios de dudas. Bien está esa orientación, sobre todo en estos tiempos que vuelan, en los que se escribe tanto y parece imponerse una especie de anarquía léxica. Pero puede resultar de interés el añadido sociológico de desentrañar por qué hablamos como hablamos y escribimos como escribimos. Adelanto que la respuesta no es fácil, pues interviene el factor casi aleatorio de la libertad o el capricho.

El punto de vista sociológico se resume en esta orientación del conocimiento: no interesan tanto los avatares de la lengua como los de los hablantes o escribientes. Se emplean unas palabras y no otras por alguna estrategia de adaptación a la convivencia. La más simple es la pura imitación.

La palabra y el sonido son las unidades básicas de la lengua, pero en el lenguaje se añade algo más. Al ser un modo de

expresión, cuenta sobre todo el texto completo, el discurso, el estilo, hasta el gesto e incluso los silencios. Por ese lado se entiende bien la profusión de palabras y locuciones que se emiten y que en sí mismas no significan nada. Es otra demostración de que el discurso (hablado o escrito) cumple funciones diversas. En definitiva, presenta variaciones culturales como las que distinguen los hábitos de comida o de atiendo. En todos esos casos interviene mucho la tradición, la costumbre, la imitación, la moda, el qué dirán.

Una extraña característica de los lingüistas es que recurren a muchos términos cultistas y esotéricos, algunos de su invención. El resultado es un estilo académico que se cuida fundamentalmente para impresionar a los colegas o para medrar en la profesión. Interesa menos satisfacer la curiosidad del público general. Esa observación podría hacerse también de los cultivadores de otros ramos del saber humanístico, sociólogos incluidos. Sorprende que se manifieste en muchos escritos sobre la lengua, al ser un objeto de estudio en el que debería primar la claridad expositiva. Pero más bien sucede lo contrario. Puede ser porque tanto la Lingüística como la Sociología se hallan en una fase clasificatoria, como aconteció con la Botánica de Linneo. Lo de la catalogación de las plantas tampoco es un conocimiento que esté de más. De lo contrario pediríamos peras al olmo.

Un cambio notabilísimo en el arte de escribir de hoy es que ya no se necesita tanto acumular muchas citas de autoridad. Esa labor de documentarse la puede hacer cualquiera a través del rastreo de Google o de otros archiperres internéticos. Puede ser una esperanza para que lleguemos a disfrutar de una prosa más libre. Pero hay también un peligro, que perezcamos engullidos por un exceso de información. Se trata de una situación inédita en la Historia.

El asunto del lenguaje es capital para entender la vida de relación, que tantas veces suele ser conflictiva. La mayor parte de los antagonismos son verbales o empiezan siendo así. Es

decir, la confrontación se manifiesta porque los dos (o los varios) interlocutores entienden que las palabras o las frases significan cosas distintas. De ahí lo necesario que se hace dominar una lengua. Hoy más que nunca, porque hay más textos que leer y más comunicaciones que mantener si nos comparamos con el pasado cercano. Se impone la exigencia de la ortografía (la adecuación de los signos escritos) y la sintaxis (la corrección de las frases). Con alguna exigencia se podría añadir la necesidad de la *sindéresis* (la coherencia o rectitud moral en las intenciones del hablante o escribiente). No es un capricho de los puristas. Recordemos que hasta la invención de la imprenta no fue necesario convenir en unas normas ortográficas, dada la rareza de los escritos. Ahora son infinitos los textos que hay que leer o las conversaciones que hay que seguir, aunque solo sea por la generalización de los teléfonos y los artefactos informáticos. Es razón suficiente para comprender la necesidad de acordar ciertas reglas interpretativas del lenguaje. Todavía no sabemos cómo se va a llamar esa necesaria disciplina. A los políticos y empresarios les vendría muy bien.

De la babel al pentecostés

Cuesta reconocerlo, pero muchas palabras suelen tener una gran validez por sí mismas, dan fe de la autenticidad de lo que se enuncia con ellas, de las ideas que transmiten. Por eso podemos decir a veces *como su propio nombre indica*. Pero esa simplicidad puede acabar siendo una simpleza. La razón es que, como queda advertido, las palabras pueden tener más de una significación y por eso podemos jugar con ellas. Esa aparente confusión resulta muy útil para dar al discurso gracia, ironía, sarcasmo, queja u otros muchos estados de ánimo.

Una de las creencias más tranquilizadoras de los hablantes o escribientes de una lengua es que hay muchos sinónimos. Se

entiende que son vocablos equivalentes, sustituibles unos por otros, porque vienen a significar lo mismo. Aunque haya muchos diccionarios de sinónimos así llamados, en la realidad no existen voces estrictamente intercambiables. Cada una de ellas puede tener un matiz distinto, que varía, además, según el contexto de la frase o la intención del emisor. Más que de sinónimos, hay que hablar, pues, de **palabras afines**, esto es, emparentadas, relacionadas, próximas entre sí. Esa conclusión podría desilusionar al hablante o escribiente que trata de aprender una lengua o mejorar su conocimiento. Pero, si bien se mira, es una riqueza potencial. Solo que exige un esfuerzo.

El lenguaje coloquial abunda en expresiones que el interlocutor entiende a la perfección, pero que, transcritas, podrían significar otra cosa. Por ejemplo, en una conversación, ante el dato sorprendente que da el sujeto, interrumpe asombrado el interlocutor: *¡No me digas!* Quiere decir realmente: “Eso que me dices me interesa mucho, es una sorpresa; dime más”. O sea que la verdadera significación es casi la contraria de lo que gramaticalmente se dice. Por eso el tono que se emplea en el habla es fundamental para interpretar lo que se quiere dar a entender. De igual modo en la comunicación escrita (por ejemplo, en los mensajes internéticos o telefónicos) se dan muchos malentendidos. Se puede corregir la posible confusión con interjecciones, signos de exclamación, emoticones y otros adornos. Pero al final hay que verse personalmente para resolver la tergiversación. De ahí la costumbre de la *quedada* para los que se comunican habitualmente por vía telefónica o internética. Después de conversar muchas veces a través de la pantalla azul, los interlocutores necesitan verse personalmente. Doy fe de que es un placer sumo. No es un capricho sino un reflejo de la cultura en que me muevo. Una sencilla conversación en un velador de un café vale por mil mensajes a través del teléfono o de otros aparatos. Quien lo probó lo sabe.

Hay algunas incoherencias entre las palabras y su función técnica por razón de la inercia histórica. La factura de la elec-

tricidad se sigue llamando *recibo de la luz*, aunque la iluminación sea solo una parte pequeña del consumo eléctrico. Seguimos diciendo *encender la luz*, aunque se trate de un interruptor eléctrico, no de hacer arder una vela. Al artefacto para encender los cigarrillos se le sigue llamando *mechero*, aunque ya no tenga mecha. Supone una operación más cómoda que las *cerillas*, que ya no suelen ser de papel encerado sino de madera. Hace mucho tiempo que la *pizarra* de las aulas y las salas de reuniones dejó de ser de ese material. Seguimos llamando *coche* al que lleva ese nombre por ser arrastrado por caballos. Bien es verdad que el *automóvil* tampoco se mueve por sí solo. Menos se traslada el teléfono *móvil*, que va con nosotros. A las baterías seguimos llamándolas *pilas*, aunque no se colija qué es lo que apilan. A través de esas ilustraciones se comprueba que muchas palabras significan solo lo que convenimos que signifiquen. Más o menos como en el cuento de *Alicia en el país de las maravillas*. Aunque sería mejor traducir *en el país de las preguntas*.

A veces, la sinonimia permite matices sutiles. Por ejemplo, una persona puede resultar *provocativa* porque, aunque no quiera, su forma de hablar, vestir o actuar incita a otros a una reacción agresiva. Otra, *provocadora*, es la que intencionalmente muestra esa actitud de agresión. O sea, una persona puede estar provocativa o ser provocadora. Por si fuera poco, un colombiano o un venezolano entienden gentilmente que *provocativo* es tanto como apetecible.

Nada más simpático que la dedicación del *palmero*, el que acompaña con palmas y voces a los cantos y bailes andaluces (extrañamente llamados *flamencos*). Pero el *palmero* es también el que forma parte del cuerpo de aduladores de un hombre público de conducta censurable o por lo menos engréida. Yo los he llamado irónicamente *turiferarios* (= los encargados de manejar el incensario) con gran revuelo de los así señalados. No me parece que sea un menester desdeñable. Será un oficio servil, pero se encuentra en el estrado del poder.

A veces los dobles sentidos pueden originar confusiones que conducen al chiste o la frase ingeniosa. Por ejemplo, el adjetivo *real* se refiere al Rey pero también a las cosas. No es lo mismo, claro está, la *realeza* que la *realidad*. En inglés o en catalán no se produce esa confusión. Puestos a buscar contrastes etimológicos, uno muy sonado es el de las Cortes, como institución política nobilísima. En los orígenes del castellano, las *cortes* eran los establos. Por lo mismo, en el paso del latín al castellano, la *casa* era la choza y la *cama* era la yacija para los animales domésticos. Hay palabras que con el tiempo se han ennoblecido.

Los niños de la escuela asimilan muy pronto la dicotomía *verdadero/falso*. Les sirve para pasar las pruebas de algunas materias. Pero luego aprenden que también está *incierto*, que puede equivaler a “falso”, pero también a algo que no se sabe bien si es verdad o mentira porque resulta borroso. En el lenguaje público está muy de moda eso de *incierto*. Pero no es lo mismo la incertidumbre que la falsedad, y no digamos la mendacidad.

Es un lugar común aducir que la lengua es algo vivo. Nacen y mueren palabras y expresiones, pero la lengua permanece como si fuera una planta de hoja caduca. Como es natural, una lengua también desaparece cuando fenecen todos sus hablantes. En el entretanto una lengua posee más o menos vitalidad si sabe evolucionar y adaptarse a las necesidades del mundo en el que opera. La vitalidad se demuestra con el dato estadístico de si esa lengua se estudia por muchas personas que no la tienen como materna. Por ese lado es claro que la lengua castellana o española —maravilla que pueda llamarse de las dos formas— ocupa un lugar destacado en el mundo. Después del inglés (aunque a mucha distancia) es la lengua que la aprenden más personas. Ese impulso expansivo contiene también un inconveniente. Se trata de una lengua que admite bastantes variaciones regionales o sociales, aunque no tantas como las del inglés. Esa no

sería una gran tacha si no coincidiera con otro hecho en verdad lamentable. En España ha desaparecido prácticamente el analfabetismo, pero los castellanoparlantes cometen gruesos errores en el discurso corriente. Diríase que en la última generación hemos avanzado en hacer que casi todos los españoles sepan leer y escribir. Otra cosa es que luego lean y escriban con conocimiento. Quizá sea una venganza de la ley de los grandes números. Es fácil conseguir que se escriba y se hable con propiedad cuando son pocos los egresados de la enseñanza media. Pero cuando ese grado tiende a ser universal, sus exigencias se ablandan. No solo eso. En la sociedad actual se debilita la conciencia de obligación en todos los órdenes. La de hablar y escribir con propiedad no va a ser una excepción. Cunde una idea estúpida: “que cada uno que hable como quiera”. Ni siquiera se podría mantener en un manicomio.

La vitalidad de una lengua no depende mucho del grado escolar de la población. Con un elevado porcentaje de analfabetos puede darse una gran creación literaria. Es el caso de la España de hace un siglo o en la Colombia del siglo XX. Hace un siglo, pese a las inclemencias políticas y económicas, España alumbró una verdadera “edad de plata” de su Literatura. No sé si ahora podríamos lucir una especie de “edad de plástico” de las Letras. Aparte de ese exponente creativo, una lengua es muy vital si admite con facilidad neologismos de otras. Por ese indicador siempre nos hemos visto sobrados.

Una curiosa circunstancia en la España de hoy es que no se mira con prejuicio a un extranjero que hable mal el castellano aprendido. Seguramente es la defensa del país más turístico del mundo, si se cuentan solo los grandes en población. La cortesía es todavía mayor en los Estados Unidos respecto al inglés, quizá porque se trata de un crisol de lenguas. Más extravagante es el hecho de que en España no se desconsidera a los castellanohablantes que hablen mal su idioma. La indulgencia es más laxa con la lengua oral y más

todavía si se efectúa a través del teléfono o del ordenador. Puede que sea una especie de regresión infantil o de acracia cultural.

Se abusa de la palabra *democratización* para indicar ese rasgo de nuestro tiempo por el que el lenguaje culto se relaja, se pega al común o coloquial. Por eso queda mejor la etiqueta irónica de semiculto, para indicar que los hablantes pasan por instruidos, pero luego cometen algunos disparates o torpezas. Será mejor reservar el concepto de *democratización* para la operación política que consiste en avanzar en el gobierno del pueblo y para el pueblo. En su lugar, para el proceso de diluir el lenguaje culto en las facilidades del lenguaje coloquial, hablaremos mejor de **demotización**. En la antigua escritura egipcia había una forma, la demótica, que era la más popular. He ahí un ejemplo del proceso de invención de nuevas palabras cuando se necesitan. En los países de lengua inglesa hace tiempo que utilizan ese concepto. Debo a Milton Azevedo, profesor en Berkeley (California), la sugerencia de ese voquible para aplicarlo a lo que ocurre también con la lengua española actual. Lo peculiar de España es que se erosionan las formas en todos los aspectos de la vida, por lo que también se expande esa liberalidad al lenguaje. Por ejemplo, avanza el tuteo de manera descarada y hasta se enaltecen algunas palabras de la jerga carcelaria. Por ejemplo, el término *marrón* (un eufemismo barriobajero para los excrementos) ha entrado en los ambientes cultivados.

El fenómeno de la *demotización* es el más llamativo en el lenguaje que llamo semiculto. Consiste en la pauperización del vocabulario, basada en el error de querer aproximarse al lenguaje del pueblo. Pero coincide —como tantas veces ocurre— con el proceso contrario: la tendencia hacia el *lenguaje jeroglífico*, perifrástico, que a veces adoptan algunas personas de las clases populares. El remedo de esa forma artificiosa de expresión se percibe en algunos personajes de las zarzuelas; hablan

con elegantes circunloquios para disimular su ignorancia y al final no decir nada. A lo largo de estas páginas vamos a gozar de muchas ilustraciones de ambas formas de falsificación del lenguaje.

Solo con un criterio purista o descriptivo podríamos concluir que el lenguaje de los españoles actuales se está degradando de manera definitiva. Ciertamente es que hay indicios de empobrecimiento del discurso, como estamos viendo. Pero el extravío del idioma común en España no es más que un síntoma del empobrecimiento de otras muchas instituciones. Por ejemplo, el nepotismo y la corrupción de los políticos, la disminución de la ética del esfuerzo o el mal gusto de la telebasura. Es ese conjunto lo alarmante.

En seguida vamos a presentar algunas incorrecciones más llamativas en el discurso de los españoles, incluso los que pasan por instruidos. Antes de eso será mejor que examinemos algunos ejemplos de cómo pueden evolucionar algunas palabras, su adaptación a los usos sociales de una sociedad compleja.

Una ilustración. Los diccionarios no nos sirven de mucho para distinguir estos tres adjetivos: efectivo, eficaz y eficiente. Podríamos acordar la siguiente distinción. *Efectivo* es que causa el resultado que se desea. Se predica mejor de una persona o un plan de acción. *Eficaz* es que cumple su función, principalmente para cosas, mecanismos, procesos. *Eficiente* se reserva para las personas que se aplican a una tarea y que se sienten responsables y productivas. Son tres matices afines, pero conviene distinguirlos. No siempre se tienen en cuenta. Si nos parecen intercambiables es que no sabemos bien lo que significan. La verdad es que en este caso los diccionarios tampoco nos ayudan mucho. La prueba es que las tres palabras se presentan como equivalentes en el discurso corriente. La causa de esa mezcolanza está en la escasa racionalidad que se proyecta sobre la actividad productiva, a pesar de que nos creamos inmersos en una sociedad penetrada de Economía. En español

lo “económico” es lo racional, pero también lo que resulta barato. El pueblo sabio arguye que *lo barato es caro*. En una época de crisis económica el vecindario se dispone a hacer economías.

La distinción anterior entre las tres caras de la racionalidad económica nos sirve para caracterizar a tres tipos de directores de empresa. Los *empresarios* serían los que dirigen eficazmente una organización. Pueden adoptar dos papeles predominantes: (a) Los *gestores y directivos* son los que se ocupan de llevar a cabo con efectividad los planes de acción. (b) Los *emprendedores* son los que persiguen la eficiencia de los equipos directivos y técnicos a través de la innovación. Bien es verdad que puede haber emprendedores antes de llegar a dirigir una empresa. La explicación de esa aparente anomalía está en que el emprendedor es un tipo humano caracterizado por una mentalidad característica. Más que por la eficiencia, el emprendedor se caracteriza por aplicar su talento a la innovación.

Otra ilustración. La palabra *víctima* teóricamente es muy clara: individuo o animal que resulta muerto, herido o dañado por agresión, accidente o catástrofe. Pero en el lenguaje periodístico se suele considerar restrictivamente que una víctima es la persona que fallece por alguna de las causas dichas. La razón para reducir la amplitud del concepto es que los noticieros quieren muertes violentas. Recientemente se ha añadido una tercera versión: familiar directo de una persona muerta, herida o dañada por causa del terrorismo. Cabe todavía una significación analógica: la persona que resulta perjudicada por cualquier circunstancia adversa. Se pueden citar: paro, crisis económica, estafa, quiebra financiera, excesos de cualquier tipo. En el plano histórico o literario, la *víctima propiciatoria* es la que es sacrificada para lograr la benevolencia de la divinidad o de alguna otra fuerza misteriosa. Estamos ante uno de los muchos casos de polisemia en los que hay que acertar con el significado preciso que quiera darse.

Hay más ambigüedades. Es corriente la expresión *pasar desapercibido* para indicar que un individuo no llama la atención cuando debería notarse su presencia o su conducta. Los puristas dirán que debe evitarse el galicismo y preferir la forma *pasar inadvertido*. Es inútil. Esa última forma resulta un tanto relamida. Se sigue diciendo *desapercibido*, incluso por personas muy cultas. Alguna razón tienen. *Apercibir* (= caer en la cuenta) tiene más fuerza que *advertir* (= percibir, notar). Son minucias, pero el conocimiento y el ejercicio de la lengua sirven para dar un cierto sentido de finura o elegancia a la vida. Recuerdo otra vez la analogía entre el lenguaje y el vestido.

Los gramáticos nos dicen que la forma plural de las palabras sirve fundamentalmente para designar conjuntos o más de un objeto. Ahora bien, la forma plural puede adaptarse a otras varias situaciones. Por ejemplo, hay un **plural festivo**, como en *vacaciones, carnavales, fallas, sanfermines*, etc. Se utiliza también para dar una fuerza especial a muchos insultos dirigidos a una sola persona. Veamos esta lista de voces en singular con terminación aparentemente plural:

Abrazafarolas, agonías, aguafiestas, berzas, berzotas, bocazas, boceras, calzonazos, cantamañanas, chapuzas, desgarramantas, gilipollas, majagranzas, meapilas, metepatas, papanatas, piernas, pinchaúvas, rastacueros, roba-peras, sacamuelas, sietemachos, soplapollas, tiquismiquis, tiralevitas, tirillas, tocapelotas, tuercebotas, zampabollos.

Aunque no lo parezca, la función del insulto es para que lo oiga no tanto el interesado como los otros a su alrededor. Por tanto, se insulta para entretener a los posibles espectadores. De ahí el recurso al plural festivo y sonoro. El plural se emplea muchas veces para insultar, como se refleja en la lista anterior. En algún caso, con la misma raíz se forma un insulto (*manazas*) o un halago (*manitas*).

Hay una sutil versión del plural festivo. Ahora es muy corriente que los gobernantes anuncien jubilosos *la buena noticia* sobre tal índice o porcentaje de la marcha económica. Es un mimetismo del inglés. En ese idioma imperial la palabra *news* (= noticia), aunque termina en <s>, se construye en singular; por ejemplo, *the news is* (= la noticia es). Por tanto, su traducción tendría que ser “la noticia” mala o buena. Pero en castellano ese mismo sustantivo puede ser singular o plural. La sutileza está en que, al dar la noticia de algo —especialmente si es bueno— se puede pasar al plural. Un dato esperanzador para la economía nacional constituye *buenas noticias*, aunque ahí el plural se halle menos justificado. Se puede producir el caso de que un médico tenga que indicar a un paciente que se le ha detectado un cáncer. La expresión delicada será: “Me parece que no tenemos buenas noticias”. El asunto es debatible, claro está; es más propio de sentimientos que de preceptos gramaticales. Pero la lengua es propiedad de los hablantes, no de los gramáticos. Por último, el plural festivo tiene también un lado ostentoso. Es el caso de esos famosos con posibles que se refieren a sus *abogados*, aunque solo dispongan de uno. Un arreglo parecido es el de la persona que se siente perjudicada por algún motivo y que va a “emprender acciones judiciales” (= querellarse).

Un aplicación curiosa de una especie de plural festivo es la que se refiere al estrato juvenil de los partidos políticos. Corresponde al bloque de fieles detrás del líder cuando habla en un congreso o mitin. De esa forma la puesta en escena es que el líder se sobrepone en la pantalla de la televisión a un fondo de jóvenes disfrazados de jóvenes. Ese estrato de alevines de políticos en el PP no recibe el nombre de “nueva generación” sino de *Nuevas Generaciones*. Por lo mismo la juventud socialista no es tal sino *Juventudes Socialistas*. El sindicato más férreamente disciplinado, *Comisiones Obreras*, adopta una etiqueta plural para dar una imagen de espontaneidad y campechanía.